

Bello pero superficial

Modernidades, vanguardias, nacionalismos. Análisis de escritos polémicos vinculados al contexto cultural latinoamericano: 1920-1930

IVONNE PINI Y JORGE RAMÍREZ N.
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2012, 265 pp.

EL LIBRO es de lujo, por algo pertenece a una colección llamada Obra Selecta. Una de las solapas advierte sobre el carácter de la colección editorial de la Universidad Nacional de Colombia, “constituida por reflexiones del más alto nivel intelectual”. El libro es bello, bien cuidado, da gusto colocarlo en un lugar privilegiado de nuestras bibliotecas particulares. Libro en pasta dura, muy nutrido de fotografías de carátulas de revistas latinoamericanas de los primeros decenios del siglo xx, cuando hacer carátulas de revistas era un arte específico; y cuando las revistas dedicadas a la literatura eran una gran convicción de grupos de intelectuales. En fin, en su aspecto estético el libro ejerce una atracción elemental. Pero, claro, el lector no podrá quedarse en esa contemplación exterior de la obra. Raro ya ver libros así de nuestras editoriales universitarias.

Sobre las vanguardias latinoamericanas se ha escrito mucho y dicho poco. Es un fenómeno de la vida intelectual que ha provocado una bibliografía abundante y espumosa; está llena de lugares comunes y la recurrencia a ciertos autores en desmedro de otros es la regla. Este libro, que en la primera impresión visual ilusiona, deja recorrerse página a página. La desconfianza inicial se esfuma, pero tampoco nos traslada a un fervoroso entusiasmo. Aborda varios problemas que no quedan resueltos, pero están bien expuestos. En orden temático, esos problemas son: la temporalidad, la modernidad, la vanguardia, el nacionalismo.

Hay un subtítulo que nos sitúa en el corpus documental que los dos autores examinaron: “Los manifiestos”, publicados en revistas y magazines latinoamericanos del decenio de 1920, principalmente. Una forma de escritura que identificó la eclosión de grupos de intelectuales con pretensiones de

hacer alguna ruptura con la tradición cultural. Esos documentos les sirvieron a estos investigadores como fuentes primordiales para examinar nociones muy problemáticas que circularon en aquellos años de búsqueda de reconocimiento para propuestas artísticas pretendidamente novedosas. Y parte de la novedad es que esos intelectuales se reunieron en revistas que anunciaron la existencia de individuos asociados en una forma de comunicación impresa que les otorgaba alguna identidad, alguna cohesión. Ofrecer al público revistas hizo parte de la mutación en el paisaje de las ciudades latinoamericanas; ese es otro acierto en el análisis, eran intelectuales asociados en revistas que irrumpían en el espacio urbano: la tertulia, el café, la sala de redacción, el taller de imprenta, lugares de reunión que contribuyeron a la fabricación colectiva de una novedad discursiva.

Una colección de mutaciones ayuda a entender el fenómeno revistero de esos años: las ciudades capitales son tomadas por intelectuales provincianos; los artistas visuales acompañan cambios importantes en los medios impresos; librerías y bibliotecas se vuelven más profusas y se consolidan con un público que crece junto con la modernización burocrática del Estado; el telégrafo despierta el interés inmediato por las noticias; la radio y el cine atraen poderosamente y ayudan a crear ambigüedades entre lo real y lo ficticio. Esos jóvenes intelectuales ya no leen solamente por intereses utilitarios, el ocio se vuelve un atributo porque es el momento excedente aprovechado para la creación artística.

Esos nuevos intelectuales expusieron problemas nuevos o, quizás mejor, pusieron en evidencia viejos problemas. De ese modo, varios de ellos fueron pioneros en la formación de campos de conocimiento, en la aplicación de las incipientes ciencias sociales al estudio de sectores y conflictos sociales. Para unos, la recepción del marxismo; para otros, el vínculo de la antropología naciente con la medicina y la psiquiatría; para otros más, la relación del derecho con novedades de la sociología y el psicoanálisis. El ascenso del movimiento obrero permitió, mal que bien, poner en la agenda de discusión cotidiana aquellos

grupos marginados de los proyectos de nación: los indígenas, los negros, los mestizos. El libro se detiene en el “descubrimiento” del criollismo, el indigenismo y el africanismo, lo cual es cierto, pero tal vez sea más certero hablar de un cambio discursivo que puso en evidencia la búsqueda de una nueva relación de los intelectuales con las sociedades respectivas. Ese vínculo, poco explorado en este libro, ayuda a entender los propósitos que contribuyeron a esculpir una episódica categoría de intelectual crítico o, como hemos leído en algunos sociólogos, de intelectual en ejercicio, coyunturalmente subversivo y transgresor, que buscaba legitimarse en un campo dominado por otro tipo de intelectual.

El decenio de 1920 es mítico en América y Europa. Es el decenio de las mutaciones, de la condensación de cambios tecnológicos. Pero en América Latina esa vivencia pareció ser más profunda y debió haber incidido en la sensibilidad colectiva de un modo muy intenso. Las expresiones artísticas de las vanguardias son un síntoma de la intensidad de esos cambios y de los efectos que causaron, por ejemplo, en la sensibilidad de los artistas. Fue un momento de eclosión generacional, de puesta en escena de una discusión entre la tradición y la novedad en las ideas. Varias revoluciones estuvieron debatiéndose en aquellos años y tuvieron expresión en revistas que siguen mereciendo estudios monográficos. Esas revistas dejaron impronta, anunciaron algo que estaba en germen, pusieron en contacto a grupos de intelectuales. Hoy, algunos investigadores sitúan en aquella época la formación de eso que ahora llaman redes de comunicación entre intelectuales, como si antes los intelectuales latinoamericanos hubiesen vivido en un aislamiento absoluto. Las relaciones entre intelectuales latinoamericanos han existido, por lo menos de modo sistemático, desde fines del siglo xviii, con la ayuda de los viajes, los periódicos y la correspondencia. Luego vinieron otros vínculos más orgánicos: el incipiente sistema de relaciones exteriores entre las jóvenes repúblicas, los exilios, las militancias transnacionales de la masonería o de una academia científica, el intercambio de periódicos, las novedades libreas compartidas.

HISTORIA		RESEÑAS
<p>Para los inicios del siglo xx, el telégrafo y el avión fueron dando vuelo a conversaciones más fluidas. Los historiadores políticos, por ejemplo, ya nos han dicho que las ideas suelen viajar muy rápido y producir cambios veloces, sobre todo entre aquellos que tienen contacto diario con libros y periódicos. En fin, es una omisión histórica olvidar que eso de las redes intelectuales y su cosmopolitismo es un atributo que puede remontarse, por lo menos, al corazón del siglo xviii.</p> <p>Me ha gustado la cautela con que los autores han querido abordar el concepto de modernidad. A esa cautela se añade la sugerencia, a mi modo de ver acertada, de tratar de entender la modernidad dentro de las coordenadas históricas de América Latina, es decir, según las condiciones muy particulares de “la realidad latinoamericana”, y que constituye una particularidad si se compara con los análisis basados en la situación europea. En vez de una realidad, la modernidad fue entre los intelectuales latinoamericanos “una proyección de futuro” (p. 105). Puede ser un desafortunado pleonismo, pero quizás los autores han querido decir que entre la intelectualidad de este lado del Atlántico la modernidad era una apuesta, una tentativa o, en palabras más certeras, un horizonte de expectativa. ¿Qué les permitió a los intelectuales latinoamericanos ver la modernidad como una utopía? Sin duda, y eso no lo dice exactamente el libro, fue la posibilidad histórica del cambio. “La idea de novedad” que el libro registra con tino provenía, según mi conjetura, del espectáculo general de movilización social, de innovaciones tecnológicas que estaban transformando las escalas de valores. Esa “apología de lo nuevo” procedía de un grado de certeza proporcionado por grandes hechos cercanos y lejanos. Estos intelectuales de la década de 1920 habían leído o experimentado muy de cerca los sucesos o los efectos de la Revolución mexicana o de la Revolución rusa.</p> <p>Le hubiese venido bien al libro auscultar un poco más en esa idea generalizada de cambio que tuvo su condensación en el concepto de <i>revolución</i>. Las revoluciones mexicana y rusa tuvieron su traslación a otros ámbitos de la existencia; indicaron</p>	<p>fracturas que, para la intelectualidad latinoamericana, significaron el enfrentamiento o, al menos, la discusión entre lo viejo y lo nuevo, entre la tradición y la novedad. Ser revolucionario significó la voluntad de hacer una separación entre dos tiempos: el pasado y el futuro. El pasado que era necesario superar y el futuro que era posible construir. La revolución era el elemento que podía acelerar esa voluntad de cambio. Sin embargo, en la vivencia de esa voluntad que no es otra cosa que la conciencia del cambio, o esa especie de transitoria lucidez del enfrentamiento entre la tradición y la novedad, es donde asoma, con todo esplendor, la modernidad. Ser moderno era vivir con toda intensidad el presente (aquel presente) de aquella lucha entre lo nuevo y lo viejo.</p> <p>Pero, bien, el libro vislumbra soluciones o, mejor, las encuentra en el entrevero de las discusiones de la época. Algunas afirmaciones son categóricas: “En América Latina, la modernidad no fue necesariamente la superación de la tradición” (p. 101), sino que más bien implicó “innovar, mirar el futuro, buscar lo nuevo y, en paralelo, mirar el pasado, en una búsqueda de raíces históricas” (p. 101). De ese modo, queda establecida la conexión entre la modernidad y las vanguardias; o, mejor, las vanguardias fueron el gesto que dio expresión a esa forma de conciencia de modernidad entre los intelectuales latinoamericanos. Sin embargo, hay que advertir —y el libro lo demuestra con varios ejemplos—, las prácticas vanguardistas contuvieron, con mucha frecuencia, un fuerte antipasadismo, una voluntad de superación de cualquier vínculo con el pasado o la tradición. Con todo, esos esfuerzos de ruptura, y por proponer revoluciones en las formas y en los lenguajes, tuvieron vínculos inevitables (y quizás inconscientes) con legados intelectuales que recuperaban la importancia de tradiciones culturales locales o nacionales.</p> <p>Las vanguardias constituyeron un reto para los jóvenes intelectuales que comenzaban sus vidas públicas en paralelo con la cronología incipiente del siglo xx; ese reto consistió en tratar de establecer alguna conjunción entre la necesidad de conocer la tradición y la adopción de las novedades ideológicas</p>	<p>y estéticas. Era indispensable saber conciliar lo local con lo cosmopolita; unos resolvieron mejor que otros tal desafío. Aunque hubiésemos deseado que el examen de ese aspecto hubiese sido más detallado, admitamos que el libro de Pini y Ramírez logra advertir ostensibles diferencias; por ejemplo, el diciente y conocido caso de Mariátegui y su propuesta de una síntesis “entre el régimen incaico con los aportes del socialismo europeo” (p. 125). ¿Esta tendencia sintetizadora ha sido la minoritaria, por no decir que excepcional? ¿Se impuso una adopción hirsuta de las novedades de los vanguardismos europeos? Lo que puede entreverse de los ejemplos que compila el libro es un inventario de expresiones libertarias que guardan algún tipo de relación con lo que eran los problemas cruciales de cada lugar. Tal vez el caso brasileño, por ser el más estudiado, ofrece una ligazón de las búsquedas revolucionarias del vanguardismo con el complejo entramado étnico que identifica a Brasil.</p> <p>Esto nos lleva a otras categorías de análisis que los autores supieron detectar: la nación y el nacionalismo. Pero una cosa es atrapar la pertinencia de ciertas categorías, y otra cosa es el tratamiento explicativo en el libro. Aquí nos hallamos con un libro que languidece en un examen muy superficial. Está bien que los autores se hayan decidido por estas categorías de análisis, fueron centrales en la discusión pública de aquella época; pero faltan matices, muchos matices que dotaron de intensidad esos años de fuertes mutaciones en América Latina. Y la intensidad estuvo dada precisamente por la abigarrada situación de los jóvenes intelectuales que buscaban rupturas estéticas, ideológicas y políticas. Eran individuos que pertenecían a tradiciones partidistas, muchos de ellos heredaron fuertes discusiones con la Iglesia católica en torno al darwinismo, el determinismo geográfico y racial del siglo xix. Al tiempo que digerían esos legados, se animaban a recibir y entender las rupturas en los lenguajes artísticos y las promesas de un mundo nuevo con las revoluciones políticas de otras partes. Y, de ahehala, se debatían entre el desprecio y el acercamiento a los sectores populares con formas nove-</p>

dosas de sociabilidad que culminaron, en algunos casos, en innovaciones partidistas, en legislación laboral, de nuevos derechos civiles. De eso hay muy poco, casi nada, en este libro.

En varios países tuvo lugar la emergencia de movimientos obreros, la transición del artesanado al mundo fabril; entonces apareció “la cuestión social” ligada a la eclosión de los socialismos y comunismos. La izquierda política como lugar de identificación política comenzó a cobrar sentido, al tiempo que la extrema derecha comenzó a afirmarse. Todo eso, en muy buena medida, en diálogo con las discusiones políticas de Europa. La cuestión racial y la cuestión social se anudaron e hicieron parte de una agenda discursiva muy profusa. Eso se echa de menos en el libro. Las vanguardias estéticas y las vanguardias políticas les dieron a los jóvenes intelectuales un horizonte de problemas en que iban a ocupar un lugar privilegiado en la discusión; una nueva intelectualidad que iba a experimentar rupturas en muy diversos sentidos. El libro, por tanto, queda corto y por pasajes se acomoda a los lugares comunes de lo que ya se ha dicho. Ya sabemos que para México y Brasil hubo ciertos hitos discursivos hartamente comentados.

Muy curioso, entre otras cosas, que el caso colombiano ocupe angostas páginas (más bien pocas líneas) en el análisis, como si no hubiesen existido ni revistas ni grupos intelectuales lo suficientemente elocuentes. No podemos considerarnos satisfechos con unas cuantas citas de lo que algunos de los intelectuales nuestros dijeron en la revista *Universidad*; sobre todo que antes ya habían dicho algunas cosas interesantes los intelectuales reunidos en la revista *Voces* de Barranquilla, o Los Arquilókidas en las páginas de *La República* de Bogotá, o en la escuálida pero mítica revista *Los Nuevos*. Quizás hizo falta advertir en la introducción por qué se dejaba todo esto a un lado, si acaso el énfasis estuvo puesto en las revistas de otros países.

En fin, el libro como propuesta y esbozo de examen está muy bien. Fija un buen derrotero temático; pero, insisto, su examen queda muy en la superficie, muy panorámico, casi escolar. Las discusiones de la época fueron mucho más abigarradas; fueron,

en muchas ocasiones, intercambios entre intelectuales latinoamericanos; varios de ellos tuvieron las experiencias de viajar y vivir en otros países del mismo continente. Ese fenómeno, intelectualmente muy productivo, no aparece siquiera registrado en el libro. Algunos estudios concentrados en determinados países no fueron tenidos en cuenta. Pienso, por ejemplo, en lo importantes que siguen siendo algunas obras que han ido a parar al baúl del injusto olvido; me refiero al libro de Daniel Pécaut sobre los intelectuales en Brasil, o a la obra de Roderic Camp sobre los intelectuales mexicanos.

En conclusión, el libro, bello y todo, ha carecido de profundidad en el análisis. Hay ausencias notorias no muy bien justificadas y que cualquier lector avisado las reclamará. Como tentativa de un panorama está muy bien, como apuesta es un aporte interesante porque nos saca de la rutina parroquiana y nos hace pensar en un fenómeno intelectual que recorrió el continente y el mundo occidental. Pero esas categorías de análisis tuvieron mucha más discusión que no aparece ni prolijamente reflejada ni finamente analizada.

Gilberto Loaiza Cano